

El eterno insaciable, o de cómo el capitalismo nos hace avaros

Cuesta Moreno, Oscar Julián

Veröffentlichungsversion / Published Version
Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Cuesta Moreno, O. J. (2013). El eterno insaciable, o de cómo el capitalismo nos hace avaros. *Revista Kavilando*, 5(1).
<https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0168-ssoar-56610-2>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

EL ETERNO INSACIABLE, O DE CÓMO EL CAPITALISMO NOS HACE AVAROS

Por: Oscar Julián Cuesta M¹

Recibido: 05/02/2013 Revisado 10/08/2013 aceptado 14/10/2013

Resumen.

Aunque ya muchos han sondeado los terrenos del porqué de la maldad humana, me propongo poner a su consideración una idea que desde hace mucho tiempo me despierta la más honda preocupación y el más sincero rechazo en torno al tema. Si seguimos con esta codicia desmedida, no sólo no vamos a terminar con el planeta, sino con la supervivencia de la especie humana, de ese grupo milenario que ha sido capaz de construir monumentales obras, escribir apoteósicos cantares y pintar bellos lienzos. Es hora de hacer un alto y revisar nuestro estilo de vida, de modificar ese afán por poseer y acumular, de cambiar esa enfermiza avaricia que nos obliga a comprar ciegamente y conseguir, a veces de forma ruin, dinero para satisfacer deseos banales. Tengamos en cuenta que somos seres humanos, individuos excelsos, capaces de crear inimaginables maravillas. No somos sujetos irracionales que debemos esclavizar niños para trabajar en una fábrica y aumentar nuestro capital

Palabras clave. Capitalismo, consumo, delictividad, sujetos.

Abstract.

Although many have already probed the grounds of why human evil, I propose to put to it an idea that has long wakes me the deepest concern and sincere rejection on the subject. If we continue with this excessive greed, not only we will not end the world, but to the survival of the human species, this ancient group that has been able to build monumental works apotheosis write songs and paint beautiful paintings. It is time to pause and review our lifestyle, to modify this desire to possess and accumulate, to change this unhealthy greed forcing us to buy blindly and get sometimes so vile, banal money to satisfy desires. Consider that we are human beings, exalted, capable of creating unimaginable wonders individuals. We are not irrational subjects must enslave children to work in a factory and increase our capital.

Keywords. Capitalism, consumption, criminality subject.

1. Comunicador Social de la Universidad Santo Tomás. Magíster en educación de la Universidad Pedagógica de Colombia. Especialista en docencia universitaria de la Universidad Cooperativa de Colombia. Técnico en locución y producción de medios audiovisuales del Colegio Superior de Telecomunicaciones. oscarcuesta@colombia.com.

En el diario El Tiempo se publicó esta pequeña nota fechada por la agencia EFE: “Un grupo de 34 niños entre los 7 y 8 años de edad fueron rescatados ayer por la policía en fábricas de bordado de Nueva Delhi, capital de India, en donde trabajaban como esclavos sin luz y sin descanso, luego de que sus padres los vendieron a traficantes por unos 30 dólares”.



“¿Qué lleva a unos padres a vender sus hijos?”-Me pregunté- “¿Qué motiva a unos sujetos a comprar niños? ¿Por qué niños son esclavizados para elaborar productos en una fábrica?”

Tratando de responder estos interrogantes con cabeza fría, después de la conmoción propia de confrontar la realidad abyecta que retrataba la noticia, me di cuenta de que gran parte de las vilezas cometidas por el ser humano tienen un común denominador: un afán desmedido por colocar los intereses individuales por encima de cualquier obstáculo, sin importar arruinar a diestra y siniestra recursos naturales, especies animales, o seres humanos.

Esos intereses, que se agrupan en uno de los siete pecados capitales, tienen nombre propio: se llaman avaricia, y deben su origen al sistema de producción que dinamiza nuestras relaciones sociales, nuestra

forma de pensar y soñar; en últimas, nuestra forma de ser: el capitalismo.

En pocas palabras, el sistema capitalista contemporáneo convierte en avaros a los seres humanos, quienes cegados por el afán de la posesión material llegan a cometer actos ruines y desalmados.

Antes de continuar, comencemos por entender el origen del mal. El sistema capitalista se basa en la producción de objetos, cosas o mercancías, que son realizados a partir de la modificación de recursos naturales a través de un proceso industrial y manual, lo cual da un valor agregado a dichos productos. Estos productos se intercambian por dinero a un precio mayor al estipulado en la producción, lo cual genera capital; de allí proviene el tan mentado capitalismo.

Según la lógica del sistema, la persona que produce los productos busca acumular capital,

de tal manera que pueda invertir y seguir produciendo en mayor cantidad. Los empleados de él, es decir, personas que no tienen tanto capital para invertir, se limitan a intercambiar su fuerza de trabajo² por dinero, que les permite su manutención y, si tienen suerte, comprar una casa y mandar a sus hijos al colegio, donde serán capacitados para ser empleados competentes e idóneos.

El empleado tiene siempre presente adquirir productos para sobrevivir, como los alimentos para él y su familia; pero también compra otros productos para satisfacer otras necesidades más bien infundadas: objetos, bienes o servicios que las personas precisan tener para alcanzar el éxito, el reco-

2. En el capitalismo posfordista, el obrero no sólo pone a disposición del sistema la fuerza de su cuerpo, sino su creatividad, su inteligencia, su capacidad de comunicación, etc. Para ello remitirse al texto La gramática de la multitud de Pablo Virno.

nocimiento y, en esencia, la felicidad, pues así lo determina el bombardeo publicitario de la televisión, los periódicos, las revistas, y demás medios de información. Igualmente, el empleado tiene el deseo de algún día tener buen capital, como su jefe, para lo cual busca acumular propiedades, así esta propiedad sea un celular con servicios superfluos.

De esta manera, se da un afán constante de acumulación, tanto en el dueño de la empresa como en su empleado. Esta lógica, resumida de manera general, se da a gran escala en todo el mundo de maneras diversas: es diferente el trabajo que realiza un diseñador en una empresa de tenis, al que realiza un celador en un conjunto residencial, o el que realiza un conductor de buseta; sin embargo, todos tienen sus jefes que buscan conquistar más capital gracias al trabajo que ellos realizan, así como la necesidad de ellos mismos de adquirir productos y buscar la forma de tener más posibilidades de consumo.

Los sujetos que esclavizan niños son individuos con un apuro irracional de capital; por ello se ahorran el pago de un salario. Para cumplir su abyecto fin emplean la fuerza de trabajo de niños que, por sus características, implican mano de obra más fácil de adiestrar y subordinar. Los traficantes, sin ánimo de justificarlos, someten

a los infantes sólo con el deseo material de alcanzar el paradigma capitalista de acumular capital, claro está que de manera ruin y deleznable, pero al fin de cuentas la esencia de sus actos es cumplir con la lógica del sistema.

Ese apuro desmedido por cumplir la lógica del sistema, es decir, de acumular propiedades y capital, se denomina avaricia, pues el concepto refiere, según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, al “afán desordenado de poseer y adquirir riquezas para atesorarlas”.

De esta manera, el sistema capitalista llena de avaricia a los seres humanos, sofocando sus espíritus de una codicia patológica, que no tiene reparos en arrasar con la naturaleza o asesinar a sus semejantes.

Para ilustrar más este pensamiento, traigo a colación la vida de los narcotraficantes, pues ellos, llevados por un afán desordenado de poseer riqueza, sólo buscan cumplir con los ‘estándares’ de la dinámica capitalista, sólo que su arribismo corre raudo por la vía de la ilegalidad. De igual forma, se podría observar el caso de los ladrones y estafadores, tanto los que se sientan en una curul del Senado, como los que no escatiman en correr al tener la billetera de un incauto transeúnte.

La avaricia se ve simbolizada en los parámetros de felicidad y éxito establecidos en el capitalismo. Para observar este planteamiento, le propongo que piense en sus propósitos a corto, mediano y largo plazo. De seguro, sin temor a equivocarme, la mayoría de ustedes tiene fija la compra de algún objeto, ya sean los zapatos que vio en el centro comercial o un apartamento nuevo en otro barrio.

No se preocupe, no lo estoy juzgando, sólo quiero que considere que continuamente estamos pensando en cómo aumentar nuestros ingresos o cómo adquirir esos productos que consideramos que necesitamos o, incluso, que nos harán felices.

La felicidad y el éxito en el sistema capitalista tiene una medida: “amigo cuanto tienes, cuanto vales”³, en otras palabras, cuanto puedes consumir. Eres feliz si puedes tener lo que quieres y comprarlo en el momento que gustes; eres exitoso si los productos que consumes son exclusivos, por ejemplo, vives en un barrio privilegiado, manejas un auto de alta gama y vistes marcas únicas.

Los medios de comunicación, autopistas de la publicidad, socializan dichos parámetros

3. Verso de la canción titulada “Oro-pel”, interpretada por Silva y Villalba.



al público, quien los pone en práctica. Tan avanzado es el sistema capitalista, y en ello tienen mucho que ver los creativos del mercadeo, que hoy no se pretende que todos seamos iguales, como una masa homogénea, sino que han creado diferentes estereotipos de vida para diversificar el mercado. Por ejemplo, si vamos a una universidad veremos jóvenes con atuendos y peinados particulares, cada uno con una visión cultural diversa; sin embargo, todos tienen algo en común, para distinguirse y ser como quieren ser, deben poseer algo peculiar, para lo cual compran jeans estrechos o largos, cami-

setas negras o chaquetas de colores, tenis de lona o botas altas, etc.

Dichos estilos de vida, incluso, convierten en mercancía los íconos de la resistencia capitalista: la camiseta del Che Guevara se compra y se vende, la foto de Fidel Castro se estampa en botones que se comercializan, el rostro de Mao cubre el dorso de alguna chaqueta expuesta por maniquí en un centro comercial.

Medir la felicidad y el éxito en capacidad de consumo, de compra y venta, de posesión y acumulación, es decir, de riqueza, alimenta los espíritus

humanos de una aguda avaricia.

“Pero si hemos sido avaros a lo largo de toda la historia”, me dirán algunos con justa razón. A ellos les pido que tengan en cuenta los modos de vida de las culturas no occidentales, guardadas del modelo anglosajón: los sabios de oriente⁴ siempre han pregonado una vida austera, poco material, lejana del afán por las posesiones mundanas y la codicia desmedida.

Si seguimos con esta codicia desmedida, no sólo no vamos a terminar con el planeta, sino con la supervivencia de la especie humana, de ese grupo milenario que ha sido capaz de construir monumentales obras, escribir apoteósicos cantares y pintar bellos lienzos.

Es hora de hacer un alto y revisar nuestro estilo de vida, de modificar ese afán por poseer y acumular, de cambiar esa enfermiza avaricia que nos obliga a comprar ciegamente y conseguir, a veces de forma ruin, dinero para satisfacer deseos banales. Tengamos en cuenta que somos seres humanos, individuos excelsos, capaces de crear inimaginables maravillas. No somos sujetos irracionales que debemos esclavizar niños para trabajar en una fábrica y aumentar nuestro capital.

4. Entre ellos, podemos citar a Buda, Confucio, Lao-tsé, Mahoma y, por supuesto, Jesús.